

MARÍA ELVIRA PIWOONKA

DE CADA DÍA

No hablo como antes, como siempre,
hablo como ahora.
Tengo un nombre por el que nadie me llama,
un acento que el eco desconoce,
una sonrisa sin pasado,
los ojos volcados hacia otros árboles,
los brazos caídos hacia otras labranzas
y el corazón como un volantín en el cielo de septiembre.

Con esta mi voz nueva
puedo
charlar con los gorriones al atardecer,
desafiar al sol cara a cara
y en largo soliloquio entre la hierba
esperar
que enmudezcan de asombro los grillos.

Todo me sabe a lío de ropa recién lavada,
a hornada de pan caliente,
a primer durazno maduro cogido en el huerto.
Y siento el afán renovado
en tarea interminable
de sacar con el balde
y echar a volar las estrellas del pozo.